

Identidad y violencia en la literatura de frontera mexicana contemporánea¹

Lucía Battista Lo Bianco

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

lucia.battlo@gmail.com

Resumen

En la última década ha aparecido una serie literaria que tematiza los sucesos de la frontera sur mexicana, conforme la crisis migratoria de centroamericanos ha ido en aumento. Aquí rescato a dos de los principales exponentes de este nuevo objeto crítico: Antonio Ortuño, autor de *La fila india* (2013) y Emiliano Monge, autor de *Las tierras arrasadas* (2016). Se trata de dos jóvenes autores que han elegido la literatura para hacer aparecer allí la violencia que no se nombra a través de otros discursos. En mi abordaje comparatista sostendré la hipótesis de que estas dos novelas construyen la identidad de lo mexicano sobre la base de contravalores. En otras palabras, desarman a través de la violencia, la pretendida identidad nacional.

Palabras clave: Literatura mexicana; frontera; migración; violencia; identidad.

*Un mexicano es un problema siempre,
para otro mexicano
y para sí mismo.*

Octavio Paz, *El Laberinto de la soledad*

La maldita trinidad: fronteras, migración y violencia

En los últimos años comenzó a producirse un fenómeno llamativo en la literatura mexicana, se trata del desplazamiento de la reflexión sobre la *frontera*. Según el crítico Marco Kunz:

La representación de la frontera entre México y Estados Unidos ha cambiado de enfoque: lo fronterizo ya no interesa tanto como zona de transición entre dos estados, sino más bien como *región periférica donde se reflejan, de manera excesiva y a veces grotescamente deformados, los problemas de todo México*. (2012: 129, destacados míos)

Esta *traslación* al resto del país de problemas como el narcotráfico, que anteriormente se encontraban alojados en la frontera norte, se combina con la “crisis humanitaria” que produce la migración de centroamericanos (y mexicanos). Así, aparecen en la escena

¹ Si bien la llamada *literatura de migración* tiene un recorrido importante tanto en México como en el Sur de Estados Unidos (Reyes Zaga, 2019), prefiero hablar de *literatura de frontera* ya que me resulta un concepto más productivo metodológicamente, por los cruces y conflictos que implica. Aún a pesar de que una de las novelas de mi corpus se sitúe parcialmente en la frontera. En la trama de *La fila india*, la ciudad se vuelve un espacio fronterizo con la llegada y el establecimiento de las caravanas, los trenes y los campamentos migrantes.

mexicana las dos novelas objeto de este trabajo.² Para mi análisis, tomaré el concepto de *frontera* en un sentido amplio, aunque sin excluir su sentido geográfico, y lo combinaré con el de *zona de contacto* de Mary Louise Pratt.³

Estos espacios que definen los Estados nacionales poseen una compleja morfología y naturaleza social ya que son parte necesaria del *tránsito* de todo tipo de mercancías, flujos y valores para el comercio internacional y, por eso son propicios para la aparición del crimen, el tráfico de personas y estupefacientes, la esclavitud, todo tipo de abusos y situaciones siniestras. Tal como veremos en las novelas, la *violencia* que allí emerge tiene en todo un carácter *político* porque se trata, por un lado, de la lucha de cada uno de los personajes por salvaguardar y defender su propia vida (y, en la medida de lo posible, la de los suyos). Mientras que, por otro lado, aparece el accionar estatal (y paraestatal), en complicidad con los agentes ilegales del crimen que ejercen esa violencia contra los migrantes. En este sentido, tal como plantea Giorgio Agamben:

toda su existencia está reducida a una vida desnuda despojada de todo derecho, que solo puede salvar en una fuga perpetua o escapando a un país extranjero. Y, sin embargo, precisamente porque *está siempre expuesto a una amenaza de muerte incondicional*, está en perpetua relación con el poder que lo ha expulsado. [Está atrapado en el bando soberano] al que debe enfrentarse en todo momento, buscando el modo de eludirlo y engañarlo. En este sentido, como bien saben los exiliados y los bandidos, ninguna vida es más política que la suya. (2017: 280-281, destacados míos)

La dualidad del poder (y de los Otros)

Las novelas que analizaré son recientes, pertenecen a dos autores que comparten generación, nacidos durante los años 70. Ambas abordan los tópicos de la violencia social existente en el país a partir de la emergencia del fenómeno de la migración de salvadoreños, hondureños y guatemaltecos que, en su diáspora idílica hacia Estados Unidos, se ven obligados a transitar por México, a menudo fracasando en el intento. *Las tierras arrasadas* (2016) de Emiliano Monge se sitúa en la frontera sur del país, en el Estado de Chiapas. Allí los migrantes cruzan guiados por los *Chicos de la Selva*, dos hermanos de 14 y 15 años que viven de ser *polleros* (así es como suele denominarse a los traficantes de personas en México).

² En 2012 el escritor y crítico argentino Mempo Giardinelli planteó que una de las características de la literatura latinoamericana “de las democracias recuperadas” es “la indagación sobre las corrientes migratorias ya que, como se sabe, la inmigración y el exilio son parte insoslayable de la cultura [...] latinoamericana. Inmigrantes, exiliados, transterrados, todos alguna vez perdimos un país, una cultura, una utopía. De todo eso se nutrió y se nutren todavía nuestros relatos nacionales”. (2013: 90-1)

³ La autora lo define como “espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de relaciones altamente asimétricas de dominación o subordinación, tales como el colonialismo, la esclavitud, o sus consecuencias como se viven en el mundo de hoy”. (2011: 31)

La novela tiene como intertexto a *La divina comedia* (1472) de Dante Alighieri. Esto aparece a través de la denominación de algunos espacios como *El paraíso*, *El purgatorio* o *El infierno*, un rancho donde se desmiembran y queman autos y cuerpos a la vez. Además, durante todo su desarrollo, el narrador intercala frases extraídas del texto de Alighieri que figuran en itálica y se combinan con citas de testimonios reales de migrantes salvadoreños, conformando así la atmósfera de miedo y horror que posee la novela. Un ejemplo de un extracto de esos testimonios es: “*No importa lo que me hicieron. Pero lo que le hicieron a todas esas mujeres, eso duele más. Eran diecisiete. Diecisiete mujeres que regresaban cada noche más heridas, más golpeadas. Yo no voy a olvidar nunca lo que vi que les hicieron*” (Monge 2016: 44, itálicas en el original).

Mientras que *La fila india* (2013) de Antonio Ortuño, es una novela dual en varios sentidos. Empezando por el título en el cual la caravana, esa hilera interminable de migrantes, es la referencia ineludible de la *fila*, pero también lo es el *desfile* permanente de burócratas estatales, quienes junto a policías y traficantes se encargan de hacer siniestro el trayecto. Aunque este orden formal de *la fila india*, esconde una estructura de poder real. Así le indica el verdadero amo y señor de Santa Rita, la ciudad fronteriza donde transcurre la mitad de la novela, al nuevo y recién llegado Delegado, enviado por el gobierno, luego de una sucesión casi sinfín de crímenes terribles:

Pero *no pueden pensar que te mando*. No puedes dejar que vayan a tu lado en la fila. Nadie. Ni siquiera yo [...] Cuando hagamos una visita al albergue. Tu irás al frente solo, nadie puede caminar a tu lado. *Caminamos en fila india*. El único que se acerca para preguntarte o explicarte soy yo. Los demás caminan detrás, por niveles. (Ortuño 2013: 223, destacados míos)

Además, la novela transcurre en dos espacios en simultáneo que aparecen intercalados por capítulos. Por un lado, al igual que la anterior se sitúa en la frontera, en un pueblo imaginario que, como ya mencioné, se llama Santa Rita (o “el culo del mundo” [Ortuño 2013: 85]). Allí se muda la protagonista Irma o la Negra, una trabajadora social de la Comisión Nacional de Migración (CONAMI), luego de un incendio en un albergue de migrantes. Por otro lado, la segunda parte de la trama se sitúa en una ciudad del centro-oeste del país, a la cual llega el tren que trae a los migrantes. Estos, mientras esperan poder continuar su recorrido, “invaden” con sus acampes el lugar. Sabemos por el autor que este “espacio fronterizo” es una alegoría de su ciudad natal, Guadalajara, ubicada en el Estado de Jalisco.⁴

⁴ Esta ruta del pacífico es elegida por las caravanas de migrantes para viajar desde hace algunos años, luego de la aparición en 2011 de 40 fosas con 183 cadáveres en el Estado de Tamaulipas, en la frontera norte del país (Bencomo 2015), y de los reportes de secuestros de migrantes en Veracruz, dos nodos de la ruta del Golfo de

Allí vive la expareja de la Negra, a quien el narrador denomina -con ironía-: *Biempensante*. A través suyo y de sus prejuicios nos vamos adentrando en el funcionamiento de las cosas en México.

En las tramas de ambas novelas se produce una interpenetración de lo criminal con lo no criminal, haciendo que se difumine la posibilidad de distinguir taxativamente entre víctimas y victimarios. En la novela de Monge, el crimen es precisamente la vida cotidiana de ese grupo de traficantes. La novela transcurre a lo largo de un día, y comienza cuando un grupo de migrantes es cruzado hacia México. Estela y Epitafio son los jefes de la banda encargada de repartirlos y venderlos para fungir como mano de obra esclava, no sin antes torturarlos, asesinar algunos y quedarse con otros. En el transcurso de esto, se narra la historia terrible de vida y de amor que hay entre ellos, dos niños que desde la infancia no conocieron sino el abuso y la violencia. Abandonados por sus familias en *El paraíso* (que de paradisiaco solo posee el nombre), los crío un cura, el padre Nicho, un explotador y abusador de menores. Así, Estela y Epitafio son dos despiadados con quienes son sus subordinados, pero la novela se permite hacer aparecer a través de ellos, el amor romántico en ese mundo violento. No obstante, al ser hijos legítimos de esa violencia con la que fueron criados, ambos -en tanto criminales- están imposibilitados de poder vivir su amor. Porque es esa misma violencia la que les impide mostrarse vulnerables ante cualquiera, incluso ante ellos mismos.

De este modo, en las novelas los narcos y polleros se humanizan al mismo tiempo que los migrantes son animalizados, deshumanizados y cosificados, emulando la *nuda vida* de la que habla Agamben (2017). En *Las tierras...*, por ejemplo, los migrantes nunca tienen nombre y su denominación va graduando su despojo: primero son *los que vienen de otras tierras, de otras patrias, o de muy lejos*. Para luego ser denominados, en tanto sinécdoque, según si poseen o no algún carácter que permita definirlos: son “*los que aún tienen un alma*”, “*los que todavía tienen lengua*”, “*la que aún tiene una sombra*”, “*quien aún presume de un alma*”, “*los que arrastran su ilusión como una sombra*” (Monge 2016: 258-300, cursivas en el original). Para finalmente pasar a ser “los nadies”, “los sinalma” o “sin lengua” (Monge 2016: 23-143). Así, se señala a través del uso del adverbio de tiempo (*aún, todavía*) o utilizando verbos y sustantivos que dan una idea de apariencia (*presumir, ilusión*) el final anunciado del que podemos sospechar desde el comienzo mismo de la novela. En este sentido, el clima de la muerte aparece en el relato desde la materialidad misma del lenguaje; sin ir más lejos, los personajes se llaman no solo Estela y Epitafio sino, *Osamenta, Mausoleo, Sepelio, Cementeria y Sepulcro*.

México que históricamente era la elegida para migrar por ser un trayecto más corto. La masacre de Tamaulipas aparece mencionada en la novela.

Esta dualidad de la que todo está hecho en la novela de Monge, también se ve en la novela de Ortuño. Aunque algunos personajes de esta hagan un esfuerzo más o menos consciente por evadirse de la violencia, la lógica del crimen, el dominio, la subordinación y, en consecuencia, el afán de supervivencia, todo lo invaden. Sin embargo, no se trata solo de la dualidad que experimentan aquellos que detentan el poder, sino que a eso se le suma el desdoblamiento que experimentan aquellos *Otros* del poder. En *La fila...* aparece la brutalidad más despiadada de la que es capaz el ser humano llevado a situaciones límites y movilizad por un profundo y legítimo deseo de venganza. Yein, quien antes de migrar vivía en la más profunda miseria en El Salvador, termina siendo la única sobreviviente de los tres ataques a los albergues de Santa Rita. En uno de ellos murió su esposo, que era su única familia y quien durante el viaje permitió (o no pudo impedir) que la violaran⁵. Pero ella, aún quemada y siendo casi un despojo de ser humano, acaba consumando su venganza (único motivo por el cual había decidido sobrevivir y luego del cual es finalmente asesinada). Y lo hace en forma despiadada, contra todo el personal gubernamental y los traficantes responsables de su desgracia y la de tantos otros. Este hecho, con el que prácticamente finaliza la trama, se le presenta al lector como algo que debe ser asumido con total naturalidad, primero porque en ese mundo hecho todo de violencia, no es inverosímil que suceda; y segundo, porque el deseo de justicia que interpela a los lectores hace que pueda atenderse la legitimidad de esa acción.

En (el desarme de) la utopía

Cada novela aborda una dimensión distinta del crimen: una explora en profundidad el mundo de los criminales, mientras que la otra hace lo propio, pero dentro del mundo de los funcionarios estatales designados para supuestamente “combatirlo”. Sin embargo, en ambas los migrantes son el botín de una disputa entre bandas de traficantes. En *Las tierras...* se trata de la sublevación de un grupo de subordinados contra su jefe, a quien pretenden arrebatarle el negocio; mientras que en *La fila...* el sustrato de la violencia es el de una disputa territorial entre dos bandas por el control del paso fronterizo, una de las cuales está dirigida por un alto funcionario estatal (el capo de los polleros en Santa Rita fue enviado allí por su suegro, uno de los principales funcionarios del país, sinécdoque inmejorable de la política mexicana). Así, retomando los aspectos de ambigüedad que aparecen en cada uno de los personajes que habitan esos mundos, podemos decir que la representación tanto de los criminales en la novela de Monge, como de sus víctimas en la de Ortuño, nunca se hace a través de una

⁵ Las cifras estiman que de cada 10 migrantes centroamericanas que pasan por México, 6 son violadas.

mirada que sacraliza y exculpa, sino al contrario: en ese mundo minado por la violencia, todos son culpables y, a la vez, ninguno lo es. En efecto, jamás es posible identificar el origen último y fundamental de esa violencia totalizante. Y este es, sin dudas, el planteo ontológico de las novelas.

En este sentido, estos textos que tematizan la violencia se insertan en una tradición propia del sistema literario y ensayístico mexicano que tiene que ver con la reflexión sobre la *identidad* o *el ser nacional* (Vasconcelos 1925; Ramos 1934; Paz 1950; Bartra 1987). Mientras que, en un plano más regional, es decir, latinoamericano nos están hablando de la (im)posibilidad de la utopía, de la “Tierra sin mal” (Nemrava 2013: 13). Estas ficciones lejos están de narrar lo social y tener por objetivo aportar a construir esa pretendida identidad nacional. Al contrario, minan esa posibilidad al hacer evidentes las cloacas del poder, el uso arbitrario de la violencia y la infinidad de violaciones a los derechos humanos en ese casi “estado de excepción” (Agamben, 2019) que son las fronteras y los “espacios fronterizos” mexicanos. Es por esto que la *mexicanidad* aparece permanentemente ridiculizada y despojada de los valores que se suponen respetables. Por ello, las buenas intenciones de Irma en *La fila india* fracasarán previsiblemente. Porque en el pinche culo del mundo, no hay lugar para las buenas intenciones. A lo mucho, como muestra Yein, solo es posible pensar en términos de odio, donde lo que guíe no sea un valor bien tenido, sino el mero deseo de venganza.

Asimismo, los personajes criminales de Monge se preguntarán irónicamente por los policías (que son igual o peor que ellos): “¿así son los que juraron defender a nuestra patria?” (Monge 2016: 49). A la vez que esta corrupción emanada desde las más altas esferas gubernamentales habilita que los propios traficantes se denominen a sí mismos “la puta República” (Ortuño 2013: 214) o hasta incluso “la patria” (Monge 2016: 119). Mientras que otro personaje del relato muestra un tipo social xenofóbico, movido por “ese sentido ancestral de descalificarnos entre nosotros mismos” (Mendoza en Wieser 2010: 182). Ese “Biempensante” que despotrica contra los migrantes en un intento de exacerbar un apego burdamente nacionalista, reparte la experiencia de la alteridad entre centroamericanos, mexicanos y norteamericanos, y establece entre sí una *jerarquía de otredades* a través de la cual un subalterno (el mexicano) oprime a otro (el centroamericano):

La mitad del pinche país también se va al norte. *Un gringo no distingue mi cabrón, nos ve parejos, pinches prietos panzones putos. De bigotito. De la verga. Tú tampoco distingues. Ni tú, ni yo, mi cabrón. Pon que a nosotros no nos confundan. [...] ¿No saben que los van a tratar como basura, los gringos y sus propios compatriotas? Y sobre todo nosotros. [...] No somos gringos, pues. Pero tampoco somos como ellos, como los centroamericanos. [...] Nadie les pidió venir aquí.* (Ortuño 2013, 50-3: 2013, destacados míos)

Esta xenofobia expresada por el Biempensante se parece demasiado a la que dirigen los gringos contra los mexicanos, y además conecta intertextualmente con la historia de una serie de discursos proferidos en torno a la *filosofía de lo mexicano*. Parafraseando a Octavio Paz, podemos decir, tal como exige el Biempensante -que a *nosotros* (mexicanos) no nos confundan-, el mexicano no es ni centroamericano ni gringo: “él empieza en sí mismo” (2016: 96).

Asimismo, lo que hay en ambas novelas es una crítica a través del uso del oxímoron o la parodia a las institucionales sociales claves para el sostenimiento del poder en el mapa mexicano (y en la mayoría de las sociedades occidentales): la Iglesia (católica) y el Estado. La novela de Monge lo hace bautizando con el nombre de *El paraíso* a un orfanato que se asemeja bastante más a un infierno. Mientras que la novela de Ortuño, opta por parodiar el accionar estatal cuando ante cada ataque a los albergues de migrantes la CONAMI publica una y otra vez el mismo comunicado con pequeñas variaciones en cuanto al lugar del ataque y a la cantidad de muertos. Siempre procurando utilizar palabras políticamente correctas que no digan demasiado. Más aún, por si todavía quedaban dudas de su funcionalidad, el narrador nos aclara que: “La elección de las palabras era indudable. No cambiaba una coma. El sentido único del boletín era que nadie lo creyera pero que no provocara líos. Y, sobre todo, que nadie pudiera agregar: ‘No sacaron ni un puto boletín’” (Ortuño 2013: 120). Asumiendo sencillamente la pura formalidad de esa institución y de sus posibilidades de incidencia. A fin de cuentas, parece que en este caso el Biempensante tenía razón cuando la definió como: “la pinche Conamierdas [que] no resuelve ni un carajo, es una oficina de buenas intenciones” (Ortuño 2013: 50).

En síntesis, no es que las novelas se definan a sí mismas como parte de la reflexión de la larga tradición ensayística en torno a la identidad y al ser nacional mexicano, sino que al poner en escena la violencia, los propios personajes –las víctimas, los victimarios- junto con los lectores, no pueden sino verse asaltados por la pregunta de, para decirlo a la colombiana: *¿Cuándo se jodió México?* E intentar formular alguna que otra respuesta al respecto. Por ello, quizás sin siquiera proponérselo, en estas historias se pone en el centro el problema de la nacionalidad, cuando *unos pobres diablos extranjeros* vienen a usurparle el lugar de los *vencidos a los pobres diablos nativos*. Porque si, como dice el antropólogo Roger Bartra: “la búsqueda de la grandeza prometida -y siempre diferida- se conecta con la *exaltación patriótica de la violencia* emocional constitutiva del carácter mexicano” (2017: 181, destacados míos), estas novelas vienen a desnaturalizar esa operación de exaltación violenta y a mostrarla en su más repulsiva crueldad para “huir del insoportable patriotismo” (Bartra 2017: 187).

En síntesis, no se trata de novelas programáticas, sino de preguntas y debates de esa atmósfera nacional que también es regional (sobre temas sociales, culturales, profundamente políticos) que funcionan como subtexto de las novelas y resurgen en cada página. Y en tanto textos que son parte ineludible de su contexto, los personajes funcionan como tipos sociales de todos esos elementos que reverberan en lo real. En este caso, se trata de problematizar y cuestionar a ese *México expulsor de migrantes*, a esa *narcofosa* que se traga los sueños y los anhelos de los seres que vinieron de otras tierras (Monge 2016). Si, como plantea Luz Horne siguiendo a Giorgio Agamben: “cada sociedad pone sus límites y decide quién es su *homo sacer*, quién es aquel conservado -dentro de la sociedad misma- como muerto vivo, en el abandono, en un ‘estado de excepción’ que se transforma rápidamente en regla” (2011: 159). En este caso, vemos que al interior de la sociedad mexicana esos *homines sacer* que detentan la *nuda vida* son claramente los migrantes centroamericanos.

En este sentido, en medio de una realidad que no cesa de poner en jaque a la ficción, considero que se trata de novelas urgentes que pueden ser conceptualizadas como *contranarrativas de la violencia*, para que como señaló el escritor Élmer Mendoza, “no haya más crucifixiones” (Orduña 2017: 493).

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 2017 [1995]. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida. Homo Sacer I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora. Trad. Flavia Costa e Ivana Costa.
- _____. 2019 [2004]. *Estado de excepción Homo Sacer II, 1*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora. Trad. Costa, Flavia e Ivana Costa.
- Alighieri, Dante. 1922 [1472]. *La divina comedia*. Trad. Bartolomé Mitre. Buenos Aires: Centro cultural “Latium”.
- Bartra, Roger. 2017 [1987]. *La jaula de la melancolía*. México: Era.
- Bencomo, Anadelí. 2015. “La palabra oblicua. Representación literaria de la violencia en México”. En Cecilia López Badano (comp.), *Periferias de la narcocracia: ensayos sobre narrativas contemporáneas*. Buenos Aires: Corregidor, pp. 35-50.
- Giardinelli, Mempo. 2013 [2012]. “Violencia, exilio, política y utopía en la literatura latinoamericana contemporánea. Estrategias, Compromiso y Libertad”. En Nemrava, Daniel (ed.), *Disturbios en la Tierra sin mal. Violencia, política y ficción en América Latina*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores, pp. 89-95.
- Horne, Luz. 2011. *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

- Kunz, Marco. 2012. "Entre narcos y polleros: visiones de la violencia fronteriza en la narrativa mexicana reciente". En Adriaensen, Brigitte y Valeria Grinberg Pla (eds.), *Narrativas del crimen en América Latina: transformaciones y transculturaciones del policial*. Berlín: LIT VERLAG. pp. 129-139.
- Monge, Emiliano. 2016. *Las tierras arrasadas*. Buenos Aires: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Nemrava, Daniel. 2013. "Prólogo". En Nemrava, Daniel (ed.), *Disturbios en la Tierra sin mal. Violencia, política y ficción en América Latina*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores, pp. 11-20.
- Orduña Fernández, Esther. 2017. *Estética y violencia en la literatura del norte de México*. Madrid: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid.
- Ortuño, Antonio. 2013. *La fila india*. México: Océano.
- Paz, Octavio. 2016 [1950]. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pratt, Mary Louise. 2011. [1992]. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ramos, Samuel. 1977 [1934]. *El perfil del hombre y la cultura en México*. 7ª ed., México: Espasa-Calpe.
- Reyes Zaga, Héctor. 2019. "Cartografías literarias: anotaciones a propósito de la novela de migración mexicana". *Literatura Mexicana*. XXX-1. pp. 141-170.
- Vasconcelos, José. 1948 [1925]. *La raza cósmica*. México: Espasa Calpe.
- Wieser, Doris. 2010. *Crímenes y sus autores intelectuales. Entrevistas a escritores del género policial en América latina y África lusófona*. München: Verlagsbuchhandlung.